

no se emprende un viaje largo sin algunos preparativos, sin algunos arreglos de intereses ó de negocios. Roberto no tenía, como la mayor parte de los jóvenes criollos, una existencia ociosa: propietario de una gran finca, la explotaba por sí y tenía necesidad de tomar ciertas precauciones antes de emprender su viaje.

Mientras la mayor parte de los colonos se quejan de la pereza de los negros, que desde la abolición de la esclavitud se niegan á trabajar, Roberto trataba de estimularlos y vencer la natural inercia de aquella raza. Por la persuasión ganaba su voluntad, y con ella les obligaba á hacer la recolección ó los trabajos de la fábrica; y sabido es que el negro por una copa de ron, la negra por un cintajo vistoso, son capaces de todo, hasta de trabajar, y la fábrica de Meillant fué prosperando de día en día.

Inspirado por sus ideas generosas, no se contentaba con pagar meros jornales; asociaba á su industria á los más hábiles obreros, les creaba cajas de ahorro, jubilaciones y otra porción de cosas no soñadas hasta entonces entre los negros.

Sin embargo, todo esto no hubiera bastado á conquistarle las simpatías de la raza. Los negros son niños grandes sin sentido moral, que se dejan cautivar por el hecho y por la fortuna. Lo que les agrada les domina; la belleza les seduce; Roberto les engalanaba, y sus trabajadores, al escuchar una orden suya, no sabían resistir.

Sin embargo, el joven criollo era el primero

en animarlos con el ejemplo. En el último incendio que destruyó una parte de Pointe-à-Pitre, aunque joven, hizo tantos prodigios, que el gobernador obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor. Esa cinta roja aumentó su prestigio entre los negros, gozando en su pequeño reino de las prerrogativas de un semi-dios.

Las grandes situaciones crean los grandes deberes, y los soberanos de un país no se ausentan como los simples particulares. La dirección, la disciplina, la buena administración de la fábrica y de las plantaciones, todo dependía de Roberto Meillant, y su ausencia podía comprometer su fortuna. Lo sabía, y acaso, en lugar de ir, hubiera llamado á Juana á su lado si los negocios de ésta no la hubieran detenido también en Francia.

Decidido, pues, á partir, nombró un gerente que le reemplazase; se despidió de sus numerosos amigos, de su colonia negra, y tomó el pasaje á mitad de Agosto en un paquebot inglés que le transportó á Saint-Thomas, de donde ganó fácilmente el Havre.

XI

Lorenzo y Matilde Simonnet, ó más bien el marqués y la marquesa de R..., les habían precedido unos días á esta ciudad.

Matilde, para acomodarse á las modas parisienses y romper la monotonía de una vida solitaria con su marido, había pedido á éste que la condujese á una playa de Normandía, y él había accedido á su deseo.

Proyectaba dar grandes fiestas en el invierno, y pensaba con razón que estos viajes de verano ensanchan el círculo de relaciones. Además, no podía negar nada á la mujer á quien adoraba más que nunca, sin darse cuenta de que esta exageración de amor nacía de la frialdad que ella empezaba á sentir por él, de las coquetías, aun inocentes, que se permitía, y de la metamorfosis que se operaba lentamente en Matilde.

De París, el marqués y la marquesa de R... se dirigieron á Trouville, donde asistieron á las carreras de caballos, y después, no encontrando alojamiento confortable, se dirigieron al Havre, habitando en el hotel Frascati, donde les cedieron un piso completo.

Tenían gran tren, iban de fiesta en fiesta, siempre seguidos de una multitud joven y animada que formaba el séquito de Matilde y que es la que pulula siempre en toda sociedad veraniega; gente frívola, desocupada, que se agrupaba en torno de Matilde porque prometía ser en el invierno próximo una de las reinas de la moda.

Entre los más asiduos acompañantes de Matilde notábase un joven que se hacía llamar el vizconde Arturo de Champy, tipo perfecto del calavera de buena sociedad. Nadie le conocía; parecía nacer entonces á la vida; era decidor,

de buenas maneras, de facciones correctas aunque un tanto afeminadas, y vestía con arreglo á las últimas leyes de la moda. No puede exigirse más en los baños de mar, y en breve se vió admitido en la sociedad más escogida.

El 8 de Septiembre, toda esta alegre caravana, repartida en varios carruajes, volvía de Sainte-Adresse cuando Matilde de R... tuvo el capricho de conducir el *panier* donde iba con el joven vizconde de Champy.

Todo fué bien al principio; pero, al llegar al Havre y entrar en el muelle de la Marina, los dos caballos, asustados de los silbidos de un vapor remolcador, y no sintiéndose sujetos por mano firme, se desbocharon en dirección de muelle, que no está defendido por ningún parapeto.

El peligro era inminente; por un instante el carruaje, violentamente sacudido, rozó casi las casas que bordeaban el muelle, pero en breve torció hacia la izquierda, atropellando algunos puestos de mercancías que había en el muelle mismo, bastando sólo un pequeño impulso para precipitarle en el vacío.

La caída hubiera sido tanto más profunda, cuanto que en aquel instante estaba la marea baja, y caballos, coche y expedicionarios irían á enterrarse en ese fango horrible y nauseabundo que se amontona á la entrada de todos los puertos.

En el muelle nadie intentó detener el carruaje; sólo pensaban las gentes en refugiarse donde no sufrieran un choque mortal, y se precipitaban en las tiendas, en los portales...

En cuanto á Lorenzo y demás compañeros, sentados en el gran break, sin sospechar el peligro que corría el ligero carruaje, dirigíanse tranquilamente hacia el hotel Frascati, siguiendo la calle de París.

Matilde, sin embargo, estaba menos conmovida de lo que parecía natural en aquel lance; mientras el vizconde, excesivamente pálido, tiraba con toda su fuerza de la rienda que ella le había entregado, la hermosa, reclinada en el fondo del coche, con la cabeza erguida y tranquila la mirada, parecía decir:

—Sea lo que Dios quiera.

De repente, su mirada, perdida en el espacio, pareció fijarse en un punto.

A veinte metros de distancia y en línea recta acababa de percibir á un hombre apoyado en el kiosco que sirve de administración á los barcos de Trouville.

Cuando todo el mundo huía ante los caballos desbocados, él permanecía impassible, como si aguardara el choque y quisiera recibirle. De lejos, aquel hombre parecía á Matilde joven, alto, hermoso... Los rayos del sol poniente rodeaban su rostro de resplandores luminosos como si fuesen una aureola: vestido de blanco, con la cabeza descubierta, inmóvil, parecía un ser inanimado, y cualquiera le hubiera tomado por la estatua de un héroe ó de un dios.

Matilde, sin perderle de vista y sin variar de actitud, pronunció estas palabras para tranquilizar á su compañero:

—No tenemos que temer: nuestro salvador está allí.

No se engañaba; en el momento en que el coche iba á precipitarse en el abismo, aquel hombre, saliendo de su impassibilidad, se colocó delante de los caballos como para impedirles ir más lejos.

Los caballos iban sobre él ciegos, cubiertos de espuma, y parecía que debían atropellarle bajo sus pies: cuando extendió los brazos y cogió las bridas del caballo más próximo, éste le arrastró algunos pasos; pero, sujeto por una mano de hierro, se detuvo; su compañero le imitó y ambos quedaron clavados, jadeantes.

Matilde y su compañero se habían salvado.

Entonces acudieron de todas partes, de las tiendas, de los hoteles, de los barcos...

Todos consideraban la salvación un verdadero milagro, todos celebraban el arrojado del que había evitado el terrible accidente; mientras él, como si no observara la atención de que era objeto, acariciaba á los caballos y les dirigía su voz como para acabar de tranquilizarlos. Después, como Matilde no parecía dispuesta á bajar del carruaje, se acercó y le dijo dulcemente:

—Creo, señorita, que debéis bajaros; los caballos están muy bravos y podrían desbocarse de nuevo.

La joven no respondió; colocó el extremo de su pie en el estribo, su mano derecha en el hombro del que acababa de hablarle, y bajó lentamente y con abandono, como baja del trono una reina.

Cuando estuvo en tierra, el desconocido tomó la palabra y dijo:

—Vivo enfrente, señora... en el hotel del Almirantazgo. ¿Me haréis el favor de entrar un instante en el salón para descansar?

Matilde vacilaba; pero el vizconde dijo que él tomaría con mucho gusto un vaso de agua para reponerse del susto.

—Si es así—dijo Matilde sonriendo,—vamos al hotel; allí podremos dar mejor las gracias á nuestro salvador y preguntarle su nombre.

—Me llamo Roberto de Meillant, y os pido perdón de no habérselo dicho más pronto. En cuanto á las gracias, no las admito; he hecho una cosa muy natural.

—Mejor podríais decir, caballero, que habéis hecho una cosa que no se hubiera atrevido á hacer otro.

Al hablar así, había tomado el brazo de Roberto y le oprimía voluptuosamente, dichosa de sentirse con vida después de haber estado expuesta á perderla.

Llegados al hotel en cuestión, y mientras el joven de Champy, aún pálido y tembloroso, bebía un vaso de agua, Matilde decía á Roberto de Meillant:

—La Providencia, caballero, os ha colocado en nuestro camino.

—Por no contrariaros convendré en ello, y me felicito de haber venido de tan lejos para salvaros.

—¿Venís de muy lejos?

—De América, señora: de las colonias.

—¡Ah! ¡sois criollo! ¿Y habéis llegado hoy mismo?

—Sí tal; vigilaba en el muelle el transporte

de mis maletas, cuando percibí vuestro carruaje que venía hacia mí, y me pareció más lógico detenerle que dejarme aplastar por él.

—¡Estáis dotado de fuerza singular!—exclamó Matilde clavando los ojos en el rostro del joven.

Creyó no deber responder á este cumplido, y, volviéndose hacia el vizconde, le preguntó por su estado. Matilde entonces pudo estudiar á Roberto. Encontrábase en la sombra tan bello como le había parecido en plena luz, y de cerca apreciaba mil detalles que completaban su belleza. La anchura de sus hombros notaba la fuerza de que acababa de dar una prueba. Su talle era esbelto, su cuello admirablemente torneado, sus manos blancas y finas, su pie pequeño y elegante... En cuanto á su cabeza, era más bien expresiva que enérgica, y, aunque había nacido bajo el sol de los trópicos, tenía el bigote y los cabellos rubios, y los ojos azules, pero de un azul oscuro, luminoso; colores que sólo se encuentran en los criollos de las razas normanda y bretona.

Matilde, que hasta entonces había rendido culto á los hombres morenos, sentía haberse mostrado tan ávida al admirar á su generoso libertador.

Respecto á su emoción, el vizconde hablaba con el señor de Meillant como si quisiera dar tiempo á su compañera de completar su estudio; parecía apercibirse de que este examen era favorable al joven criollo, y, á pesar de su cualidad de pretendiente, una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios.

Matilde se levantó, y dirigiéndose á Roberto dijo:

—Caballero, estarán inquietos de no verme aparecer y tengo que separarme de vos. Os anuncio la próxima visita de mi esposo, que vendrá á daros gracias por el servicio que me habéis hecho. En cuanto á mí, espero tener otras ocasiones de manifestaros mi gratitud. Me llamo la marquesa de R... y vivo en el hotel Frascati.

Roberto de Meillant se inclinó y condujo á la joven á la puerta, donde ya aguardaba un carruaje cerrado.

Media hora después, Lorenzo, enviado por su mujer, que le había puesto al corriente del suceso acaecido, hacía al señor de Meillant la visita de cortesía anunciada. Estuvo tan amable como siempre, no faltándole frases para expresarle su gratitud. Al despedirse del joven criollo le preguntó, en nombre de su mujer y en el suyo, si quería hacerles el honor de comer con ellos al siguiente día. Roberto aceptó.

Al día siguiente escribía á su prima Juana anunciándole su próxima llegada á París, y á las siete de la tarde llegaba al hotel Frascati: le hicieron subir al piso principal y le introdujeron en un salón donde había ya varias personas reunidas.

XII

Para honrar á Roberto de Meillant, el marqués y la marquesa de R... habían invitado á comer á los amigos que tenían en el Havre, sin olvidar al vizconde Arturo de Champy: como salvado del mismo peligro, tenía derechos incontestables á participar de la fiesta.

Sirvióse la comida en el salón reservado para comedor á los marqueses de R..., cuyo salón tenía vistas al mar, tranquilo aquella noche, argentado por los rayos de la luna que dejaba distinguir una flotilla de barcas pescadoras.

Matilde, como si se hubiera tratado de una comida de etiqueta en París, habíase puesto traje escotado, que debía lucir la redondez de sus hombros, su elevado pecho, y, quizás por el hecho de encontrarse al lado de su joven salvador, daba aquella noche á sus ojos languidez más dulce, á su sonrisa una gracia más insinuante, á todo su ser un no sé qué de voluptuoso abandono.

Estaba colocada en la mesa junto al señor de Meillant, y fuerza es convenir en que formaban una pareja encantadora: su hermosura era tanta, que relegaba á los demás circunstantes al fondo del cuadro. Lorenzo mismo se confundía entre los otros, y, como si no advirtiese su inferioridad, mostrábase obsequioso con su huésped.

Matilde no le había dado hasta entonces el menor motivo de celos, y no veía un peligro en aquel desconocido que había aparecido un momento para desaparecer por completo.

Desde la segunda entrada, la conversación, lánguida en un principio, se generalizó: el vizconde, animado, por las primeras libaciones, preguntaba al señor de Meillant algo de las costumbres coloniales.

—¿Cómo vivís en aquel país? —decía con atiplada voz.—¿Estáis al corriente de todo lo que pasa en Francia? ¿Leéis periódicos?

—Sin duda, y con más atención que por aquí. Es muy natural; vosotros estáis en el lugar de los sucesos, recibís la primera impresión y sólo para confirmarla acudís al periódico. Además, os falta tiempo para todo: los negocios y los placeres os roban vuestras horas, mientras que nosotros, al contrario, hacemos consistir nuestra única distracción en tendernos en una hamaca y devorar los periódicos que llegan de Francia. Yo estoy suscrito al *Figaro*, al *Tiempo* y á la *Gaceta de los Tribunales*.

—¡Qué capricho!... ¡La *Gaceta de los Tribunales*! —dijo uno de los convidados;—ésa no la leemos nosotros.

—Confieso —dijo Roberto sonriendo— que no ha sido por afición á su lectura, sino por seguir un proceso que me interesa particularmente.

—¿Cuál? —exclamó el vizconde.

—El crimen del boulevard Bessières —repuso el señor de Meillant.

El marqués de R... se estremeció; Matilde se volvió hacia Roberto y, con el codo apoyado en la mesa y la barba en la mano, escuchó:

—Sí—repuso Roberto;—tenía interés en conocer los detalles de ese proceso, del que aquí no se habrá cuidado nadie.

—Os engañáis —exclamó el joven Champy;—recordamos muy bien al famoso Jagon, condenado á la pena de muerte, y después indultado... ¡un criminal muy divertido!... y á Blanchard, el cumplido de presidio... eso es menos divertido. No hace dos días que han anunciado los periódicos la partida de ambos para Nueva-Caledonia.

—¡Ah! ¡han partido!...

—Sin duda; los dos cómplices debían ir juntos.

—¿Los dos cómplices? —dijo Roberto;—no admito tal complicidad.

—¿Cómo! ¿No admitís que juntos cometieron el crimen?

—Estoy cierto de lo contrario.

—¿En qué fundáis esa seguridad, caballero? —dijo Lorenzo con acento enteramente tranquilo.

—En el estudio profundo que he hecho del proceso. La *Gaceta de los Tribunales* me lo ha dado completo y, á mis ojos, Blanchard ha sido condenado tan sólo por haber estado en presidio. Las pruebas acumuladas contra él no hubieran bastado á condenarle si se hubiera tratado de un hombre de otros antecedentes.

—¿Cómo! —dijo otro de los convidados.—

He leído, como vos, el proceso, caballero, y me han parecido las pruebas concluyentes.

—Y numerosas—añadió vivamente de Meillant;—por eso pienso, como el defensor de Blanchard, que el verdadero criminal había acumulado todas esas pruebas contra un inocente para perderlo y salvarse él.

—Un defensor tiene que decir eso aunque no lo piense.

—¡Tanto peor para él! Yo lo digo porque lo pienso.

—Eso no basta para Blanchard, que, en contra de vuestra opinión, va caminando para Nueva-Caledonia.

—Puede volver, si personas de corazón se interesan por él.

—¡Cómo!—dijo Champy;—¿tenéis intención de interceder por Blanchard?

—Interceder no, pero sí tratar de descubrir al culpable; y si la casualidad, en la cual confío siempre, me favorece, habrá un segundo proceso y una segunda sentencia, en desacuerdo con la primera. Aunque nacido en las colonias, he cursado Derecho en Francia y conozco el Código.

Lorenzo levantó bruscamente la cabeza y exclamó:

—¿Vais á tomaros tanto trabajo por una persona que no conocéis más que por referencia de periódicos?

—Perdonad: no sólo los periódicos me han puesto al corriente del asunto: he sido informado también por cartas de Francia, y vuestro asombro cesará cuando os diga que soy próxi-

mo pariente de la señorita Guérin, hija de la víctima.

—Entonces todo se explica—dijeron varias personas.

Sólo tres permanecieron en silencio: el vizconde de Champy, á quien parecía interesar mucho esta situación complicada; Lorenzo, que acababa de reconocer un enemigo peligroso en el hombre sentado enfrente de él; y Matilde, que volvía á hallar en su camino á Juana Guérin. En otro tiempo la había privado de una herencia; ahora se interponía entre ella y Roberto; Roberto, que le había interesado vivamente, y hacia el cual le arrastraba una fuerza irresistible.

Sin conciencia del efecto que había causado con sus palabras, el señor de Meillant, por todos interrogado, continuaba tratando con calor el asunto.

—Entiendo que no tengo derecho para desentenderme de él—dijo.—En realidad, el asesino de mi pariente el capitán Guérin ha sido castigado de una manera incompleta. El acusado principal, ese miserable Jagon, ha visto su pena conmutada. Ha matado y vive. Su cómplice vive tranquilo: se ríe de la Justicia y disipa en alguna madriguera el dinero robado, mientras mi prima tiene que contentarse con el pedazo de pan que le ha arrojado por burla, ó quizás por cálculo.

Apuró la copa de Champagne que acababa de llenar y continuó:

—La señorita de Guérin ha tenido que someterse y aceptar la orden de la Justicia tal

como se ha dado. Pero yo protesto. No quiero dejar impune la muerte de mi pariente.

Exaltábase al hablar, y su mirada, dulce y casi tierna en los momentos de calma, encendíase y adquiría vigorosa expresión. Era entonces el criollo.

Algo más tranquilo, prosiguió:

—Por último, y dejando á un lado todo sentimiento de venganza personal, convencido como estoy de que un inocente encerrado en el *Baño* sufre y muere quizás allí, cuando su sitio está aquí, cumpliré el deber de todo hombre honrado: le protegeré, le vengaré, disminuiré sus sufrimientos y evitaré su agonía.

Matilde, siempre muda, le miraba. Quizás era la primera vez que oía hablar con tal vigor y expresar sentimientos tan generosos.

Lorenzo no había hablado así jamás. Comparó la mirada fugitiva de éste con la mirada clara de Roberto, la palidez del primero con el vivo color del segundo, los modales felinos del uno con las maneras francas y distinguidas del otro.

Ningún incidente puso término á esta reunión.

Al día siguiente, Roberto de Meillant volvía á reunirse en París con Juana Guérin, y poco después los huéspedes de Frascati entraban en su hotel de la calle Monceau. Aproximábanse las fiestas del invierno, y quizás también sus dramas.

XIII

Debajo de la puerta de una casa de la calle de Saint-Honoré, en el espacio comprendido entre la iglesia de Saint-Roch y el Palais-Royal, veíase no hace mucho una plancha de zinc con la siguiente inscripción:

CASA BONNIN

AGENCIA DE CRIADAS, TUTORAS Y AYAS

Horas de oficina de 12 á 4 todos los días.

Las personas interesadas subían dos pisos, empujaban el botón de cobre de una pequeña puerta y entraban en una habitación nada espaciosa, donde se hallaba el único empleado de la casa.

Preguntaba éste á los visitantes, tomaba notas en un papel y se dirigía luego al despacho del señor Bonnín para avisarle que deseaban hablar con él. A la habitación del jefe de la agencia tenía acceso únicamente un hombre de cincuenta años, de aspecto grave, canoso, quebrantado por los años y con los síntomas en el rostro de la enfermedad del hígado. Llevaba camisa de cuello alto y muy almidonado, y un casquete de seda negro que no se quitaba nunca y que parecía formar parte de su individuo.